

TRAMPANTOJO / POR MAX



EPISTOLARIO

Estimada señora Pizarnik

La correspondencia de la poeta suicida completa el perfil de una autora tan leída e imitada como mitificada

POR EDGARDO DOBRY

Cuarenta y cinco años después de su muerte, la presencia de Alejandra Pizarnik (Buenos Aires, 1936-1972) sigue creciendo. En 2013, Lumen publicó la segunda edición de sus *Diarios*. La responsable de ambas ediciones, Ana Becciu, anota en el prólogo: "He tenido en cuenta el respeto a la intimidad de terceras personas..."; aún quedan cosas silenciadas y se impondrá una tercera versión, completa. Además, el sello porteño Mardulce acaba de reeditar *La vida tranquila de Marguerite Duras*, en la traducción de Pizarnik de 1972. Esta *Nueva correspondencia (1955-1972)* complementa la edición de la *Correspondencia* que Ivonne Bordelois (poeta y corresponsal de Pizarnik) había publicado en Buenos Aires en 1998. A lo que habría que agregar las cartas a León Ostrov, editadas en 2012: fue su primer psicoanalista, a quien dedicó su segundo libro (*La última inocencia*, 1956) y acerca del cual escribiera en su diario, en mayo de 1967: "¿Creo en el psicoanálisis? No. Ostrov me hizo bien en el sentido de que no me hizo demasiado mal". Pero debe tenerse en cuenta que, para entonces, Pizarnik estaba luchando contra (por así decir) su segundo psicoanalista, Enrique Pichon-Rivière, obsesionado, como ella, por Lautréamont.

La *Nueva correspondencia* está editada por Bordelois y Cristina Piña; a esta se debe la única biografía de Pizarnik, que conocerá pronto, también, una segunda versión aumentada. Todo ello significa que, alrededor de una



Alejandra Pizarnik, en torno a 1962. CENTRO DE ARTE MODERNO, MADRID

obra breve, se despliega una constelación que va conformando la imagen de una de las poetas más leídas, comentadas y mitificadas de la segunda mitad del siglo XX. La brevedad de su poesía (reeditada por Lumen en 2016) no se debe solo al suicidio a los 36 años: una de las características de su poética fue la contención, el dejar el poema más próximo al silencio que a la expansión.

Las cartas de Pizarnik complementan la figura que dibujan sus interesantísimos *Diarios*: se diría que si estos representan el taller, la correspondencia exhibe su salón de recibir. Los *Diarios* revelan el trabajo atormentado, angustioso por poseer la lengua y

la tradición: hija de inmigrantes rusos llegados a Argentina dos años antes de su nacimiento, Pizarnik se muestra en ellos dudosa de su conocimiento del idioma y de la literatura.

Sin duda era consciente de que en esa presunta debilidad radicaba la fuerza de sus poemas germinales y oscuros. No debe olvidarse, por otra parte, que consideraba esos diarios como parte de su obra. En las cartas, en cambio, predomina el rechazo de la solemnidad, el tono chispeante: a Ana María Barrenechea le pide disculpas por escribirle "sin mi estilo genial, pues está por comenzar la función cinematográfica" y le pide opinión sobre "Juan Ramoncete Jiménez". En sus años parisenses, entre 1960 y 1964, levanta acta de la actividad para promocionar su propia obra: "He andado publicando algunas cosas en revistas de por aquí: en la *Nouvelle Revue Française* y en *Les Lettres Nouvelles...*", mientras "trabajo en sitios infames para ganarme el duro pan de cada noche". A Silvina Ocampo le dice que, más que "proyectos", tiene "algo así como 'gestos del hado' o cualquier cosa que suene a tragedia griega o a alma rusa o rosa".

Los juegos de palabras son permanentes: a Bordelois, en referencia a su perpetua preocupación por la gramática, le habla del "Aoristo furioso"; y a Osías Stutman le menciona, en lugar de Amado Nervo, a Anado Verbo. Arropado en ese tono mordaz se encuentran opiniones contundentes: acerca de Severo Sarduy, el ideólogo del neobarroco latinoamericano, dice: "A diferencia de mí, tiene definiciones sobre literatura y la delimita y la mide y la calcula". O bien, a Arnaldo Calveyra: "¿Qué leiste en estos meses? Yo leí el *Talmud*. Es terrible y bellissimo". A Sylvia Molloy, desde la costa atlántica: "Fui a la playa. Pero no estoy tranquila, no estaré tranquila hasta que no escriba como yo deseo sobre lo que deseo..."

Para la numerosa legión de los pizarnikianos, estas cartas serán una lectura golosa, incluso en los pasajes que parecen anecdóticos y banales, pues su voz está siempre bajo el control de una lucidez extraordinaria y de un deseo inquebrantable de poesía.

Nueva correspondencia (1952-1977)

Alejandra Pizarnik. Lumen, 2017
395 páginas. 23,90 euros

NARRATIVA

Palabras y pólvora

POR JAVIER GOÑI

Derrotado, superando malos tratos franceses, arenales argelinos, infamias del momento, con la familia dejada atrás, Max Aub llega a México, con una galería de personajes, de paisajes, que habían de conformar una suerte de laberinto mágico, mezcla de realidades y ficciones, vividas, oídas, y se pone a darle forma, en la cabeza desde el final, a esa triste derrota. En 1943 publica el primero de sus *Campos*, serán seis desperdigados en dos décadas: por vez primera en España a partir de 1978, tantos años después, en Alfguara, luego en bolsillo, los seis campos, y ahora una editorial totalmente aubiana, o casi, inicia con este *Campo cerrado* la recuperación de todo el laberinto. Tenía razón Juan Ramón: no se lee el mismo libro según en qué edición, y esta es hermosísima (compiendo con ese otro libro espléndido, *Trampas*, de la vertiente más lúdica de Max Aub, que acaba de sacar Reino de Cordelia). Galdosiano en esa primera parte de iniciación, el tiempo prerrepúblicano, con un riquísimo vocabulario, él de París, el padre alemán, la madre francesa (el bachillerato, eso sí, lo hizo en Valencia), y luego cronista a pie de trinchera en esos años republicanos de palabras y pólvora. Palabras muchas hay en esta estupenda novela, dichas a la manera española, o sea en los cafés, tertulias, a gritos, a garrotazos: los españoles, así, se extraviaron en su laberinto y Aub en México dejó constancia.

Campo cerrado

Max Aub. Prólogo de Antonio Muñoz Molina. Cuadernos del Vigía, 2017
272 páginas. 22 euros